El Acantilado.

Autor: Francisco Morales Domínguez

Copyright 2026.

Presentación de los Personajes:

_____

—— Alberto Mena: Exagente de la CIA, acepta la misión de buscar un asesino.

—— Beatriz Torres: Fotógrafa que mantiene una relación secreta con Alberto Mena.

—— Martin Lebach: Ejecutivo del conglomerado de empresas del grupo Galván.

—— Pedro González: Comisario de la policía española.

—— Ricardo García: Jefe de Alberto Mena en la CIA que le encarga la misión.

—— Dimitar Meszaros: Exagente del KGB, asesino a sueldo y sicario de Diego Galván.

—— Diego Galván: Presidente de la Corporación Galván.

—— Daniel Leteric: Traficante al por menor.

Prólogo

Un 5 de julio, de la década de los dos mil, la ciudad de Madrid amanecía dolorida y ensangrentada, así como una madre que al despertar encuentra en su regazo a un hijo sin vida, llorando su pérdida con lágrimas que nadie puede consolar. Medidas tomadas desde arriba hicieron que la policía se mostrara conservadora; la información era bien escasa. Como sucede cuando hay fisuras, poca información, pero infiltrada, y la prensa se hizo eco de lo ocurrido.

La noticia se retrataba en grandes titulares, mostrando el lado más perverso de la historia. Era como si Madrid no quisiera que la memoria de su hijo fuera olvidada y suplicaba que la publicación no desatara a esa marabunta social que llega hasta el último rincón del mundo civilizado, a esa que devora a su paso el silencio con el más simple cotilleo, ni a la que hace felices a los envidiosos con las desgracias ajenas, ni a la que se inmiscuye en todas las conversaciones, como la última primicia con el suficiente morbo para ser comentada. Entre sus llantos, Madrid se quejaba a la muerte por llevárselo tan joven. En sus sollozos, maldecía al diablo por haberlo engañado con la supuesta fruta prohibida que les conduciría al amor y la felicidad, solo mientras es consumida, porque cuando dejan de saborearla, les gobierna el dolor y el odio. En su anhelo, preguntaba a Dios por qué había permitido que se apartara de su camino; a todos los quiere por igual y les desea lo mejor, por qué esta vez era el suyo. Finalmente, en su triste resignación, implo-raba al Misericordioso que fuera benevolente con él en su casa y que lo acogiera como a su propio hijo, pues ella hacía lo mismo por los suyos.

Capítulo 1.

A las ocho y media de la mañana en París, Francia, Martin Lebach llevaba un maletín en la mano en el hall de su hotel. Elegante y guaperas, tipo duro, de pelo moreno engominado, miraba su reloj de pulsera cuando salía del establecimiento. Sonó su teléfono móvil y lo cogió.

——¡Hola!, ¿Martin? ——preguntó Rosendo.

——¡Hola! ¿Con quién hablo? ——preguntó Martin

——Soy Rosendo, el padre de Beatriz. La fotógrafa.

——Ah, sí. Es un placer.

——Perdone que le moleste. Había quedado con ella hace dos días desde entonces. Estoy desesperado ya. Sus amigas no saben nada. Me sale su contestador en el móvil y no me devuelve las llamadas. Pensé que sabría algo de ella.

——La verdad es que no le puedo decir nada, ahora estoy fuera del país. Tampoco sé nada de ella desde hace días.

——Verá hace unos días me presentó a Alberto, un poeta, parece que ahora sale con él.

——¡Alberto, el poeta! Buen chico ——interrumpió Martin.

——Sí, eso creo. La defendió en un caso de violencia de género en el que se vio involucrada. Me gustaría contactar con él.

——La verdad es que debería tranquilizarse. Hablé con él hace poco y se encontraba estupendo. Seguramente ellos estarán de viaje. Ya verá cómo esto tiene una explicación y podrá hablar con ella. Le llamaré a mi regreso.

——Gracias, Martin. Hasta pronto.

Martin guardó su teléfono un tanto intrigado por la llamada y, al ver un taxi, levantó la mano, volviendo a la realidad que le esperaba.

En las afueras de Madrid, capital de España, en una fábrica abandonada, Dimitar Meszaros, de cabello rubio, cincuenta años, con dureza extrema y signos de mala vida tatuados en el rostro, interrogaba a un hombre encapuchado. Examinó las constantes vitales al hombre que dejó de hablar:

——Ha muerto ——dijo Dimitar.

Un hombre se aproximó a Dimitar, Lang, de aspecto elegante, delgado y con gafas.

——Hay que informar a Galván ——dijo Lang.

Lang llamó a su jefe, al otro lado de la línea estaba Diego Galván, de cincuenta y cinco años, presidente de la corporación Galván. Grueso, severo y drástico con sus subordinados.

——¿Cómo va el perro? ——preguntó Galván con voz congelada.

——Hemos terminado ——contestó Lang.

——Vengan ahora mismo.

Dimitar y Lang se dirigieron al despacho de Galván. Cuando llegaron a la Galván Tower, se preparaban para encajar la reacción de su jefe por no haber conseguido lo que este esperaba. Cuando llegaron, vieron a Galván leyendo el periódico.

——Buen trabajo, la prensa no ha sospechado nada de momento. Este asunto va a salir a las mil maravillas. ¿Qué sabemos de Cedrés? ——preguntó Galván.

——Ha muerto ——dijo Lang.

——Pero dijo algo importante. ¿Quién tiene las fotos?

——El entrometido ——dijo Dimitar.

——¿Y Martin? ——inquirió Galván.

——Cedrés era de la policía, pero de Martin no dijo nada ——contestó Lang.

——No me fío de Martin, para mí es un traidor. Lang se encargará de interrogar al entrometido y a Martin. No quiero que sospeche si ve a Dimitar. Sigan así ——explicó Galván.

——Se hará como tú digas ——obedeció Dimitar.

Martin pensaba ir al Louvre antes de volver a Madrid. Había viajado a París por negocios y quería contemplar algo de la Ciudad de la Luz. Solo con un maletín, alzó la mirada para ver la robusta estructura férrea de Eiffel. En ese instante, sonó su móvil, pensó que podía volver a ser Rosendo con buenas noticias:

——¡Buenos días, Martin! Soy Galván. ¿Cómo vas en París? ——preguntó Galván.

La llamada de su jefe le tranquilizó, pero luego se inquietó, porque no llamaba Cedrés.

——Ya he terminado, tengo los contratos y estaba pensando en ir al Louvre antes de viajar a Madrid.

——Pues no puedes ir, no te imaginas lo que ha pasado. Cedrés ha dejado una nota diciendo que abandona la organización, se ha fugado con su amante. Búscate una chica que no te haga perder la cabeza, Martin.

——Me pides un milagro.

——Ahora el director en funciones eres tú.

——Gracias, pero no, estoy por retirarme y dedicarme a pintar, que es mi pasión.

——Tú estás capacitado para el puesto, ven aquí, que soy yo el que te paga el sueldo y no el Museo del Louvre.

——¡Ñós! No sé qué te ha hecho el arte. Te veré a la tarde.

——No me hagas esperar, ha sido un día revuelto, mi empresa parece ya la guardería ——dijo Galván enérgicamente.

En ese instante, Galván le colgó la llamada y le dieron ganas de estampar el móvil contra la pared. Martin vio un taxi libre y, como una señal en su vida, levantó la mano. Se subió al auto.

——¿A dónde le llevo, señor? ——preguntó el taxista.

——Al Louvre.

En Madrid, Rosendo pensaba en las palabras tranquilizadoras de Martin, pero no conseguían calmar la preocupación por su hija. A Alberto le había parecido buen muchacho, veía bien a su hija con él. Sin embargo, decidió acudir a la policía.

Más tarde, un taxi dejaba a Martin en el aeropuerto de París-Orly. Cada vez se le hacían más pesados los viajes por la sencilla razón de que no eran de placer, sino de negocios, y tenía una meta que cumplir en cada viaje. Un negocio que tenía que ser sí o sí. Quizás la pequeña visita al museo lo había relajado un poco.

Estando dentro del avión, en su asiento, Martin se quedó dormido, imaginó que era como una pequeña siesta en su casa. Una azafata de rasgos escoceses le despertó con voz serena.

——Señor, el avión ya ha aterrizado.

Martin, despertó y, al ver a la azafata, recordó dónde estaba.

——Perdone, señorita, el piloto y el avión son buenísimos o yo cada vez soy más viejo.

——Está estupendo, señor.

——¿No habré roncado mucho?

——No señor, no se preocupe, acomódese. Le acompañaré a la puerta.

Martin cogió su maletín y cuando llegó a la puerta agradeció la amabilidad a la azafata.

Aquella mañana estaba intranquilo; la llamada de Rosendo, los documentos que llevaba y su propio pasado que le tenían bastante sobresaltado. Solo pensaba en llegar hasta los lavabos, donde tenía escondida una pistola. Según caminaba por la terminal, escuchaba rumores de una noticia. Le inquietó profundamente. Se dirigió a control "C", allí había un lavabo que poca gente utilizaba. Entró en el tercer váter y cerró la puerta pasando el pestillo. Más calmado, se subió a la taza del váter y del falso techo extrajo una pistola que se colocó a la altura del cinturón. Sus nervios se disiparon al sentir el contacto frío del metal. Se encaminó al kiosco de la prensa y quedó sorprendido al leer el gran titular del día en un periódico. La muerte de un actor de éxito. Sin dudar, compró un ejemplar y leyó minuciosamente los grandes titulares. Con pasos firmes, se dirigió a las cabinas telefónicas, miró a todos lados y discretamente hizo una llamada a su novia Tania, una pija de las que quitaban el hipo. Para ella la vida no tenía sentido sin un ritmo celerísimo de compras caras y de lujo.

——Cariño, ha ocurrido algo muy importante. Se me ha presentado la ocasión para dejar a Galván ——dijo con voz cercana y afectuosa.

——¡No, te has vuelto loco!

——Es una oportunidad increíble.

——No, si sigues con Galván, podrías llegar a ser director general, cariño.

——Cariño, tengo mucho dinero ahorrado, ¿para qué más?

Ella está enfadada.

——No lo hagas y recapacita, lo tendrás todo. ¿Has oído bien? Lo tendrás todo.

La chica le colgó el teléfono.

——Menos mal que no me enamoré ——añadió Martin.

Martin molesto, colgó el teléfono y se dispuso a salir del hall. Apenas salía por una puerta de la terminal y, cuando se proponía llamar a un taxi, se le aproximó apresuradamente un chófer uniformado, de raza asiática, que le saludó titubeante y se disculpó de su retraso. El chófer le llevó hasta una limusina. El interior del vehículo lucía aún más lujoso que el exterior. En los sillones relucía la tapicería de cuero negro. Delante de él vio una botella de champán y una nota con una frase escrita: Bienvenida para el nuevo director de empresas Galván en Madrid. Felicidades. Martin se sobrecogió al leer la nota; demasiados cambios en muy poco tiempo, alguna que otra incógnita que resolver. El cargo que deseaba su novia para él ahora era suyo. Por un momento, no le importó qué había sido de su jefe, Marcos Cedrés. Luego recapacitó y empezó a preocuparse. Cedrés fue quien le introdujo en la organización y este cambio de cargo respondía a algún motivo que desconocía. Abrió la mampara que le separaba del chófer y le preguntó:

——¿Has visto hoy a Marcos Cedrés en la oficina?

——No, señor. Hoy no he visto al director general.

——¿Y ayer?

——Tampoco.

Martin se quedó pensativo mientras cerraba el habitáculo. Rápidamente, lo olvidó y se puso a pensar en lo que le esperaba. Resplandeciente de orgullo, abrió la botella y se llenó una copa. El primer sorbo fue comedido y le supo a gloria; el segundo fue un largo deleite del estatus que había recuperado (tenía la posibilidad de ganar cuatro veces más, cantidad que en varios años le haría ganar lo suficiente para alcanzar una no desdeñable fortuna). Con ese dinero montaría su propio negocio, abandonaría a Galván y volvería a ser un artista en algún lugar cálido. Lo que había leído en el periódico era una señal de que algo iba a ocurrir. El tercer sorbo se lo bebió de golpe, en un solo trago, seco y amargo, como si la desdicha fuera el último regusto que quedaba en la copa. Atrás quedaba la humillación que sufrió cuando su padre, un millonario alemán, se suicidaba después de haberse arruinado. Hasta ese momento, había vivido a todo tren, con todo tipo de lujos. Estudiaba en una de las mejores universidades de Europa, aunque no llegó a terminar la carrera de Empresariales. Se llenó la copa de nuevo y siguió saboreando la nostalgia de los buenos tiempos, la evocación del más puro hedonismo de finales del siglo XX. En un tiempo en que las más bellas mujeres le consideraban un buen partido, recibiendo de ellas todo el amor y felicidad que las tarjetas sin límite pueden comprar y que la cocaína semiadulterada puede seducir. Le fue muy duro despertar del paraíso de las tarjetas de crédito; y ahora, recostado en el sillón, se enorgullecía de su obstinación por no recibir ayuda de sus amigos. Veía muy lejos todos sus fracasos y la miseria que encontró cuando buscó trabajo en las empresas de la élite del continente. De este modo, se alejó de todas sus amistades y acabó trabajando para el señor Galván, un hombre de mala fama dentro del mundo empresarial.

Encendió el televisor de la limusina; se estaba emitiendo un programa de encuestas sobre "¿Qué es lo más importante en la vida?". El presentador preguntó a un joven (-realizar tu sueño); luego preguntó a una mujer (-que tu pareja te corresponda); a continuación, preguntó a un anciano (-ser feliz)... Martin se dijo a sí mismo: ——Yo no he conseguido nada.

El programa continuaba con las entrevistas a las personas que circulaban por la calle. La limusina para, quedando delante de las puertas del Galván Tower, un edificio de treinta pisos de alto, de lujosa fachada donde el mármol convive con el vidrio. En pocos segundos, ya había entrado a la oficina, recibiendo el saludo de su secretaria, una mujer de nariz grande, morena suspicazmente cariñosa, y esta le dio un recado:

——¡Buenos días, señor Lebach! El señor Galván le espera en el despacho del señor Cedrés ——anunció ella.

——¡Buenos días!, quiero que me localices al señor Cedrés ——dijo Martin a su secretaria.

Martin se dirigió al despacho de Cedrés. Allí le estaba esperando su jefe. Le hizo la indicación de que pasara con un gesto rápido y seco. El anfitrión era un hombre de cincuenta y cinco años, de aspecto fuerte esculpido a base de golpes, recibidos, también devueltos y con creces. Era embaucador, de ojos marrones como un bosque en otoño. Este le dijo que se acomodara y le ofreció una copa. Martin aceptó su invitación. Había una razón de peso para ello: era su jefe.

——Buenas tardes, Martin. ¡Felicidades!

——Buenos tardes, Diego. Gracias. Es todo un honor.

——Tu hora ha llegado. Eres el segundo de a bordo. Hasta que el consejo de administración te nombre, ejercerás el cargo. Me marcho urgentemente a una reunión muy importante en Nueva York. ¿Has traído los contratos?

——Aquí los tengo.

——Los estaba esperando.

——¿Alguna noticia de Cedrés? ——preguntó Martin.

——Lo que te dije por teléfono: como la amante lo deje y vuelva arrodillándose a pedirme trabajo, se la va a comer doblada. ¿Cómo fue el vuelo? ——inquirió el señor Galván.

——Rápido.

——Vaya, veo que estás de buen humor. Contentos es como quiero a mis empleados... Y ahora, entrégame los contratos de París.

Martin abrió su maletín y sacó unas carpetas con documentos.

——Gracias por el puesto.

——Quiero gente como tú, que no se deja gobernar por una chica. Espero que no te pase lo mismo y tengas a tu lado una mujer de los pies a la cabeza. Creo que estás capacitado para este puesto. Hay una operación que tienes que solucionar de inmediato. ¿Tienes ganas de trabajar?

——Sí. Y mucho.

——¿Recuerdas aquellos contratos que misteriosa-mente han sido concedidos a otras constructoras?

——Sí. Yo redacté varios contratos ——dijo Martin, viendo expectante cómo el señor Galván metía la mano en un cajón de su mesa y la sacaba con un enorme sobre de color marrón que lanzó delante de él.

——Esto es lo que me ha impedido hacer buenos negocios. Ábrelo.

Martin extrajo del sobre un montón de fotografías. Detenidamente, empezó a verlas una a una. En todas ellas se mostraba a un hombre con la cabeza cortada en un círculo y en plena actividad sexual con una jovencita muy exuberante que también tenía la cabeza cortada.

——Por culpa de estas fotos comprometedoras he perdido mucho dinero. Me las ofrecieron y he decidido conseguirlas. Contraté a unos detectives que le han seguido la pista al intermediario que me las ha ofrecido. A partir de ahora, estarás pendiente de la llamada de estos colaboradores y les dirás que tienen que llevar al intermediario a una fábrica abandonada; luego te llamará un científico de nuestra organización.

El señor Galván le enseñó otro sobre de color marrón:

——Esta es la dirección y las llaves. Nuestra red farmacéutica ha derivado un suero del pentotal sódico que es cien por cien efectivo. Es como poner su mente a nuestra disposición. Tu misión se centrará en dirigir el interrogatorio.

——Creo que ese no es mi trabajo ——comentó Martin.

——¿Cómo que no? Ahora te encargarás de otras cosas de la empresa.

——Soy ejecutivo gerente, no tengo ni idea de llevar un interrogatorio.

——Tú no harás nada, solo presencia física. Es una parte de los contratos que conseguías hasta ahora o me vas a decir que no sabías cómo funcionaba. Todo saldrá a las mil maravillas. Tu sueldo se aumentará en cuatro veces.

——Sí es así. Por mí no hay problema.

Martin mira las fotos. Le dan morbo.

——Yo tengo que irme a Nueva York. Dejo mi casa en tus manos. ¿Serás capaz de hacerlo?

——El placer está en el juego.

El señor Galván miró fijamente a Martin.

——Adiós, Martin. Espero que mi viaje también sea rápido.

El señor Galván se despidió con una mirada incisiva.

Según se marchó Galván, Martin pensó en llamar a su novia y darle la noticia, para hacer las paces, pero recordó las palabras de su jefe: "No te busques una mujer que solo piense en gobernarte". Meditó lo que había hablado con Galván y algo le olía a chamusquina, empezando por las fotos que le mostró. Trató de olvidarlo. Luego recordó la promesa que le había hecho a Rosendo y llamó a su secretaria por el telefonillo. Ella se presentó en un instante.

——¿Has localizado a Cedrés?

——El número comunica.

——Entiendo. Ahora necesito que llames a estas personas,—— le da una vieja libreta ——. Tienes que localizar a Beatriz Torres, pregunta por ella, si alguien sabe algo.

La secretaria cogió la libreta y se marchó a su oficina. Martin sacó su agenda e hizo una llamada desde su teléfono fijo.

——¡Hola, Patricia!

——Martin, cariño mío ——saludó ella.

——¿Cómo estás? ——preguntó él.

——Lamentablemente muy triste por la noticia.

——¿Cuál?

——La muerte de Eduardo ——contestó ella.

——Lo leí en el periódico.

——Dice la prensa que fue una sobredosis.

——No me esperaba eso de Eduardo ——dijo Martin ——. Encima me llamó el padre de Beatriz, dice que ella está desaparecida. Me voy de viaje y Madrid arde en llamas.

——Sí, a mí también me llamó. Me extraña en Beatriz.

——Patri, espero que no sea nada.

——De todos modos, hablaré con mi hermano, el comisario, él podría hacer algo. Te avisaré si aparece.

——Gracias, Patri. Eres un consuelo. Llámame.

——Gracias a ti. Lo haré.

En casa de Martin estaba a punto de suceder una tormenta perfecta. Su novia Tania había sido avisada por el mismo Galván, anunciándole el nombramiento del cargo y dándole las felicidades. Le achacó el gesto que había cometido Cedrés, el antiguo director general, al fugarse con su amante, y le pidió que tratara a Martin a las mil maravillas, pues él iba a hacer lo mismo por ella.

Sonó el timbre y Martin, intrigado, acudió a la puerta. Miró por la mirilla desconfiado y cuando vio a Tania se imaginó lo que había pasado.

——No has tenido la decencia de llamarme ——dijo ella entrando a la casa enfadada.

——Ya te llamé y te enfadaste.

——Me avisó el mismo Galván para decirme que te había nombrado director general. ¿Tú te crees que me voy a creer ese cuento? Te estás viendo con otra igual que Cedrés. Habrán ido al mismo burdel.

——No, cariño. No sabes leer entre líneas.

——Dime, ¿con quién te estás viendo?

——Está bien, con Beatriz, la fotógrafa. Lo has descubierto.

——¡Ah!, esa mosquita muerta. La voy a buscar y, cuando la encuentre, se va a enterar.

——No estaría mal. ¿Por dónde vas a empezar?

——Ríete. Esto no quedará así, haré que Galván te despida.

Martin le abre la puerta. Tania llega a la puerta y, antes de marcharse:

——Vamos a ver cuánto te dura el bomboncito. Acabaré con ella.

Copyright 2026

Autor: Francisco Morales Domínguez

Título: “El Acantilado”.